

despues de haber salvado á vuestros hermanos, sereis eternamente dichosos. Así sea.

Véase: ADVERSIDAD y POBREZA.

MISERICORDIA DE DIOS.

I.

Quoties peccabit in me frater meus, et dimittant ei? Dicit illi Jesus: Non dico tibi usque septies; sed usque septuagies septies.

¿Cuántas veces deberé perdonar á mi hermano cuando pecare contra mí? Respondióle Jesús: No te digo yo hasta siete veces, sinó hasta setenta veces siete.

(MATTH. XVIII, 21 ET 22.)

Fué una bellissima observacion de san Bernardo: que cuánto más trató Dios hecho hombre con los hombres, tantas más claras muestras dió de dia en dia de su compasion para con los pecadores. Al nacer, no quiere se halle presente ningun malvado, y así, nace solamente en medio de santos, entre María y José; pero, cuando habiendo crecido en edad comienza á tratar á los hombres, dócil y flexible se familiariza hasta con la multitud y el bajo pueblo. Come con los pecadores, los admite en su compañía; y aunque ha sido siempre correspondido con la mayor ingratitud, y hasta con perfidia, conduciéndose, sin embargo, con la mansedumbre de que se lisonjea, gusta tanto de estar con ellos, que quiere morir, finalmente, entre ellos, esto es, entre dos ladrones. ¿Qué maravilla es, pues, que teniendo tanta parcialidad, permitidme decirlo así, hácia los pecadores, al oír que le pregunta san Pedro, si debería perdonar hasta siete veces las injurias que éstos le hicieran, respondiese como enfadado: ¿qué dices, Pedro? ¿siete no más? ¡A tan estrechos límites quieres restringir mi misericordia? No siete, te digo, sinó siete y setenta veces siete, y cuantas veces vengan sumisos á pedir perdon. Pues esta es aquella miseri-

cordia, por la cual me he determinado á suplicaros hoy por la mañana, mis amadísimos pecadores, que os resolvais, por último, á volveros á Dios con una pronta y leal conversion, á fin de que, si los motivos de gran terror hasta ahora expuestos no han sido capaces de obtenerlo, lo sea por lo ménos este dulcísimo motivo de filial confianza y de tiernísimo amor. Convertíos, os diré, para excitaros con el profeta Joel, convertíos á vuestro Dios y Señor, que es benigno y misericordioso (JOEL II, 3). Por tanto, con dos sencillas, pero poderosas reflexiones, me limitaré á mostraros únicamente, pecadores, que si os volveis á Dios, os amará, y tanto más, cuanto más pecadores seais. Glorifique este buen Dios su misericordia con triunfar hoy de algun corazon muy necesitado de ella. Pidámoslo por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. ¿Qué seguridad quereis tener, pecadores, para no dudar ni un punto, de que Dios os amará siempre que resolvais volveros á él? Si os basta su palabra, á que seguramente no puede faltar, sabed que en cien lugares de sus Escrituras lo manifestó así en los términos más claros y amorosos. Mis entrañas, dice por Jeremías, se han conmovido por mi pueblo, y así quiero usar de piedad con él (JEREM. XXXI, 20). No es mi voluntad, dice así mismo por Ezequiel, que el impio muera, sinó por el contrario, que se arrepienta y viva (JEREM. XVIII, 23). Y aún no satisfecho con esto, le solicita é insta á que haga penitencia: *Convertimini, et agite pœnitentiam* (JEREM. XVIII, 30). Además, viendo que sin embargo insistian todavía muchos obstinados en su perdicion, no puede estar tranquilo; y tiernamente los reprende y les pregunta por qué lo hacen así: *Quare, quare moriemini, domus Israel, quare?* (JEREM. XVIII, 31). ¿Quereis más? Os amará tanto, como no debeis ignorarlo, que solo por cada uno de vosotros que haga penitencia, habrá un grande alborozo en el cielo. (LUC. XV, 7).

Y ¿no van por ventura enteramente conformes los hechos con las palabras? Si no os amase, ¿hubiera dado tantas muestras de lo mucho que mira por vosotros? ¿hubiera hecho tanto porque volviereis á él? ¿Os acordais de aquellas inspiraciones, de aquellos tan fuertes impulsos, de aquellos improvisos temblores y estremecimientos, que de cuando en cuando teniais y os sorprendian en el pecado? ¿Os acordais de aquellas internas agitaciones, de aquellos vivísimos temores, de aquellos disgustos y agudos remordimientos que no os permitian tener con él ni una hora de quietud? Pues todo esto eran voces é invitaciones de Dios, que incesantemente os decia al corazon: pecador,

vuélvete á mí. Agustino explicó muy bien estos medios amorosos de que se vale la divina misericordia para conquistar al pecador, diciendo que, como una ave de rapiña, dá grandes vueltas al rededor de éste, para arrojarse sobre él y asirle y apresarle. ¡Oh amadísimos pecadores! ¡cuántas veces hasta ahora, de cuántos modos y con cuántos impulsos de caridad se ha arrojado sobre vosotros la divina misericordia! ¡cómo ha caído á plomo mil veces sobre el corazón, cómo lo ha estrechado por todas partes, cómo ha puesto en él la mira, y cómo ha dado vueltas al rededor de él! Negadlo, si podeis. ¿No os incitaron y estimularon mil veces á la penitencia, en una parte, aquel buen amigo; en otra, aquel predicador; en otra, aquel director espiritual; en otra, aquel libro; en otra, aquel oratorio; y en otra aquel Crucifijo? Y vosotros ¿qué habeis hecho? Huir con la mayor velocidad y seguir huyendo siempre de Dios, el cual, sin embargo de esto (¿quién lo creería?), no os ha perdido de vista, sinó que ántes más bien, si quereis considerarlo, ha usado con vosotros de aquel arte, de que se vale un diestro y práctico cazador para apresar alguna fiera muy estimable, pero al mismo tiempo muy huraña é indómita.

Y ¿cuál es? El santo David lo explicó en estas palabras: Tus saetas se me han clavado y me has asegurado con tu mano (PSALM. XXXVI, 5). Tal es la costumbre del cazador, que encontrándose una bestia feroz y no pudiéndola alcanzar en la carrera, arma su arco con saetas que no son de muerte, y disparándolas contra la fugitiva, en vez de matarla, la entretiene y pára; y despues se arroja á ella, echándole encima las manos y haciéndola suya. Una de estas fieras, protesta el Profeta, haber sido él mismo, cuando perdido tras Betsabee, andaba muy retirado de Dios; pero, fueron saetas, oh Señor, añade el santo, saetas estimables y apreciables las desgracias con que me afligisteis. Me disparasteis al pecho las saetas de un hijo muerto y de otro rebelde, las saetas de la peste y de la guerra, y ellas me pararon al fin, me restituyeron el juicio y me hicieron vuestro. ¡Oh pecadores! ¿puedo yo prometerme abriros hoy los ojos para conocer una verdad que acaso no habeis querido conocer nunca? ¿Ha habido alguno entre vosotros, que haya cogido de su pecar un amargo fruto? alguno, que por sus culpas haya pasado su vida llena de angustias y anegado en llanto? Vosotros lo habeis creído hasta ahora un juego de la injusta suerte, y fueron artes, artes finísimas del infinito amor que Dios os profesa. Os disgustaron, es verdad, os hirieron vivamente, os partieron el corazón, y fueron saetas, y saetas agudísimas; pero ¿qué debia hacer nuestro buen Dios, despues de haber tentado en vano todos los demás medios que debia tentar para salvaros? Viendo pues,

que eran inútiles cualesquiera otras diligencias, armó de saetas, aunque saludables y de correccion, su paternal diestra, procurando deteneros con ellas en vuestra extraviada carrera de la iniquidad, para acometeros despues, echaros la mano y haceros suyos. ¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿quién ha llegado nunca á comprender los impenetrables designios de vuestra amorosa piedad? Mas yo, á decir verdad, oyentes míos, nada me maravillo de que muestre Dios tanto ardor porque se conviertan los pecadores. El instarles á que hagan penitencia y el perdonarles sus pecados, es verdadera y propiamente obra toda suya. Es propio de Dios remitir las culpas, Si con ejercer el oficio de perdonar se manifiesta por lo que es; ¿qué maravilla será, oyentes míos, que se muestre tan deseoso de ejercitarlo? Tiene interés, digámoslo así, en ejercitarlo, porque ejercitándolo, se exalta: *Exaltabitur parcens vobis* (ISAÍ. XXX, 18). Considerad, pecadores, si os amará Dios volviéndoos á él. Vosotros le dais ocasion con perdonaros de ejercitar una obra en que se dá á conocer por lo que es; una obra, que por antonomasia es toda y verdaderamente obra suya; una obra, por consiguiente, con la cual es sumamente glorificado y exaltado.

Pero ¿nos perdonará verdaderamente?— ¡Válgame Dios! ¿si os perdonará? Esto solo no podria quizá perdonaros, el dudar vosotros si os perdonará. Os perdonará, sí, y ¡oh, con cuánta prontitud y con cuánto ardor! Traed á la memoria de la tan grata acogida que hizo á su hijo pródigo y desamorado aquel padre tan célebre del Evangelio. Cien veces habeis oido esta historia, y no pienso hoy repetirla. Solamente quisiera que reflexionaseis algo mejor sobre varias circunstancias, acerca de las cuales, tal vez, no habeis reflexionado mucho hasta ahora. Recordad ante todo la perversa índole de aquel joven, que habia podido sin ninguna inquietud ni turbacion abandonar osado á su anciano padre, envilecer fuera de su país con acciones deshonorosas é infames la nobleza de su sangre, é incomodar mucho su casa con sacar de ella su legítima para disiparla con viles meretrices, llegando á verse reducido á tal extremo de pobreza y envilecimiento, que para mantenerse se vió precisado, aunque era noble y rico, á servir y á tomar un oficio el más vil y humilde de todos los oficios, cual lo es el apacentar y guardar una manada de inmundos animales. En fin, acosado por la miseria, extenuado por el hambre, hecho pedazos y horriblemente desfigurado, determina volverse á su casa; y caminando con lentitud hácia ella, le vió casualmente desde una alta azotea y le reconoció de bastante léjos su buen padre. Y ¿qué se lo dió á conocer á tanta distancia, volviendo con tan misera-

bles vestidos y con un semblante tan diverso del que tenia cuando partió? ¿Qué, sinó el ternísimo amor de padre, que no habia perdido con perder á su hijo? Le reconoce, pues, y siente hervirle la sangre de ternura y compadecerse su corazon del infeliz. Así que, impaciente de esperar su llegada, y recelando acaso que retrocediese por temor, determina salirle al encuentro en el camino, y habiendo dado un gran grito de alegría, esfuerza sus piés trémulos, baja las escaleras, corre apresurado cuanto puede, con los brazos abiertos, y ya por fin se acerca y se llega á él. ¡Ah, que mi padre me ha sorprendido! dice el hijo, é hincando las rodillas se postra á los piés de su padre diciendo: padre, ¡yo he pecado! — ¡Cómo pecado, oh hijo mio!... Y sin miramiento ni á la edad, ni al decoro, ni á la dignidad, mirad como se arroja amorosamente de un golpe y con todo su cuerpo al cuello de su hijo, como no acaba de estrecharle tiernamente contra su pecho, sucio y asqueroso como está, como le lava todo con aquel copioso llanto que le corre por sus seniles mejillas, como le abraza, como le besa. Y nõ pudiendo verle ni un momento con aquel roto y melancólico traje, manda á sus criados que inmediatamente le traigan el primer vestido que se encuentre, que le pongan su antiguo calzado y en el dedo su antiguo anillo, y que publiquen en toda la vecindad, que ha de haber una solemnisima fiesta en señal de haber recuperado á su hijo extraviado. ¡Ah! gritaba, todo fuera de sí por la alegría, el buen viejo; ¡ah, que yo creia haber perdido para siempre este mi pobre hijo, y hé aquí que hoy me lo encuentro! ¡Oh amado hijo! tú me has puesto hoy con tu vuelta el hombre más contento del mundo. ¡Qué entrañas! ¡qué corazon! ¡qué padre! ¡Pudiera haber hecho más por un hijo respetuoso y obediente, que no por su culpa, como éste, sinó tan solo por desgracia hubiese caido en tanta miseria?

Pero, un corazon tan bueno no hay que buscarlo en ningun padre aquí en la tierra: solamente se encuentra en aquel óptimo y divino Padre que tenemos en el cielo. Tal es el recibimiento que tiene preparado para aquellos hijos perversos que resuelvan, por último, volver á sus piés. Reflexionad sobre esto, amadísimos pecadores, y alentaos. Él os concederá primeramente un perdon general de todas vuestras culpas, y os lo concederá tan de corazon, que por muchas y graves que sean, las ocultará en las tinieblas de un eterno olvido, y os saldrá al encuentro el primero desde muy léjos con su gracia. Aún hará más: en el mismo instante se arrojará amorosamente á vuestro cuello, os dará en el rostro el beso de paz, inundando el alma de una celestial é inexplicable dulzura, por manera que conozcais bien que

se ha reconciliado con vosotros; y aún no satisfecho con esto, os pondrá entónces la bellissima estola de su gracia, como asimismo el antiguo anillo en el dedo, restituyéndoos el perdido derecho á la celestial herencia, y os volverá, en fin, como un precioso calzado todos los méritos que contrajisteis en los felices años de vuestra inocencia y perdisteis miserablemente en el fatal instante que pecasteis. ¿Y en cuanto tiempo será todo esto? En un solo momento; en aquel primer momento en que arrepentidos os volvais á Dios; en aquel primer momento en que postrándoos á sus piés le digais: Señor, he pecado; en aquel momento en que alzando el ministro de Jesucristo su mano sacerdotal, os diga las grandes palabras de absolucion y de perdon. Si á mí no me creéis, que os lo diga y asegure alguno de entre vosotros que lo haya experimentado. ¿Podeis desear más, pecadores? Decid, ¿podeis? Y si no podeis desear más, ¿dudareis ya mas que os amará, si os volveis á él? Añadid tambien, que tanto más os amará, cuanto seais más pecadores.

2. Para probar esto con evidencia, bastaria traer á la memoria alguno de aquellos más célebres penitentes, que según nos cuentan las historias, fueron colmados por Dios con los más distinguidos favores. Decidme, fieles, por vida vuestra; ¿han sido ellos, por la mayor parte, pecadores, que se han contentado con poco, ó no han sido tales que han traspasado los limites ordinarios de la iniquidad? Pasando en silencio á una Magdalena, mujer tan mundana que se granjeó el sobrenombre de pecadora; ¿quién de vosotros no tiene noticia de una Taida de Alejandría, de una Pelagia de Antioquía, de una Angela de Foligno, de una Margarita de Cortona, todas mujeres escandalosísimas por la multitud, por la continuacion y gravedad de sus pecados? ¿Quién de vosotros no tiene noticia de un Jacobo, de un Moisés, de un Eustaquio? de un Guillermo de Aquitania y de cien otros famosísimos, unos por atroces latrocinios, otros por crueles asesinatos, y otros por torpísimas deshonestidades? Y sin embargo, ¿con cuáles y con cuántas gracias, con cuáles y con cuántas finezas no fué premiada y privilegiada por Dios su penitencia? ¿No fué Angela de Foligno aquella, á quién se aparecia frecuente y visiblemente el Redentor, con quién se entretenia familiarmente, á quién explicaba con su propia boca, ya uno, ya otro de los dolores que sufrió en su pasion, llegando á poner sobre su pecho la cabeza, como lo hizo con él aquí en la tierra su querido Juan? ¿No fué una Margarita de Cortona aquella, que amó tanto Jesús despues de su conversion, que incesantemente se dejaba ver en su presencia, aquella con quién hablaba muy familiarmente, y á quien, chanceándose, llamaba su pecadora? Margarita,

tú eres mi pecadora, le decia, y protestaba además, que queria servirse de ella como de red para atraer á otros pecadores á la penitencia.

Mas ¿por qué he de ir costeano, trayendo á la memoria un solo hecho de la Escritura, y no he de engolfarme en alta mar? Ea, pues, os diré con el Crisóstomo, ¿de qué parte de ella quereis que os saque ejemplos? ¿del Antiguo ó del Nuevo Testamento? ¿Del Antiguo? Hé aquí un David. ¿Del Nuevo? Hé aquí un Pablo, primero perseguidor y despues defensor, primero lobo y despues pastor, primero blasfemo y despues apóstol. Mas ¿qué digo un Pablo? Ven acá, cualquiera que tú seas y cualesquiera que sean tus maldades; ¿eres acaso, dice el Crisóstomo, un injusto usurpador de los bienes ajenos? pues mira á un publicano. ¿Eres un derramador cruel de la sangre humana, un homicida? pues mira á un ladron. ¿Eres un hombre sumergido hasta los cabellos en las obscenidades carnales y sensuales, eres un disoluto? pues mira á una Samaritana. Ea, pués; ¿pecaste? Arrepiéntete. ¿Pecaste mil veces? Arrepiéntete mil vees; porque al fin, por grande que sea tu miseria, tiene sus límites, tiene su medida; pero, ni límites, ni medida reconoce la divina misericordia. Esta, por el contrario, gusta de derramarse con un torrente más abundante y copioso allí justamente, donde encuentra más profundo y tenebroso abismo. ¡Oh qué venturoso, estoy casi por decir, si en tí abundó la culpa, porque en tí debe ahora superabundar la gracia!

Por tanto ¿qué hacemos, amadísimos pecadores y amadísimas pecadoras, qué hacemos nosotros, que llenos de confianza y de caridad no corremos inmediatamente arrepentidos á este trono de la misericordia, cuando para correr á él hay un nuevo y tanto más poderoso estímulo, cuánto es mayor nuestro mismo demérito? No tardemos, no tardemos más. Amorosísimo Señor y Padre, vos habeis vencido. A vuestra misericordia se debe hoy la gloria de haber triunfado del corazon más pertinaz y protervo. Héme aquí arrepentido á vuestros piés, pidiéndoos humildemente perdon; y no espereis que para obtenerlo quiera yo aligerarme de mi carga ú ocultar mis yerros. ¡Ah! demasiado, entre las demás culpas de mi vida, tengo que vituperarme aún la de haberlas excusado; pero hoy no las excuso, Dios mio, sinó sincerísimamente las confieso en vuestra presencia, y con una humilde contrición de mi corazon las lloro amargamente. ¡Padre, oh amado Padre! he pecado y he pecado contra el cielo, que me mandaba obedeceros y amaros, y he pecado contra vos, que merecíais por vos mismo ser obedecido y amado. Mas, sin embargo, en vez de disminuirse, se aumenta mi confianza: sí, buen Padre mio, vos os mostrareis propicio

con mis iniquidades. Y ¿por qué? Justamente porque son muchas y muy graves. ¡Dolores dulcísimos de mi Jesús! consolaos, porque el triste y desconocido hijo que, mucho tiempo há, habia muerto, en este dia, finalmente, ha resucitado, y habiéndose perdido, se le ha hallado.

¿Quién creeria, hermanos míos, que habria álguien tan enemigo de sí mismo, que quisiese convertir las medicinas mismas más saludables en un perniciosísimo y mortal veneno? Pues, no obstante, tales son muchos de los pecadores, que debiendo servirles la misericordia de Dios de un dulce incentivo y de un poderoso estímulo para su arrepentimiento, se valen de ella como de un salvoconducto para su perdicion. De todos modos, van diciendo: Dios es bueno, puedo esperar, puedo diferir, porque, sin embargo de todo esto, me perdonará.—¿Dios es bueno? Poco á poco, replica Tertuliano; y ¿quién es este Dios tan bueno, que ha de querer por lo mismo hacer al hombre tan perverso y malvado? Si es bueno, ¿no es tambien justo y santo? Y como santo, ¿podrá permitir nunca que su bondad sirva de fomento á la malicia humana? Y como justo, ¿podrá, cuando quiera que sea, dejar de castigarla y vengarla? Para discurrir bien, ¿sabeis cómo debeis discurrir? dice san Bernardo: debeis discurrir así: Dios es bueno; pues debo esperar que algun dia se muestre conmigo un vengador tan severo, como ahora se muestra redentor piadoso. Pues qué! ¿no os recuerda que en prueba de su justicia y de su indignacion, habrán de revolverse alguna vez contra vosotros las finezas mismas más apreciables de su misericordia? Jericó, como bien sabeis, la ciudad de Jericó cayó y se arruinó con el sonido de unas trompetas sonoras. Y ¿de qué trompetas? De aquellas mismas trompetas sacerdotales, dice el sagrado texto, que estaban destinadas en otro tiempo para anunciar el jubileo, esto es, la indulgencia y la remision, á fin de que fuesen instrumentos de muerte y de exterminio para una obstinada ciudad, aquellos mismos que eran ántes instrumentos de misericordia y de salud para un pueblo predilecto. Yo soy Jesús, os dice ahora este Jesús Salvador; y yo soy Jesús, os dirá igualmente este Jesús en siendo juez.

Mas, ¡oh infelices! ¡qué sonido tan diverso tendrán estas voces en los labios de Jesús juez, del que tienen al presente en los labios de Jesús salvador! Yo soy Jesús, os dice ahora, ofreciéndoos la paz y el perdon y prometiéndoos su misericordia; y yo soy Jesús, os dirá entónces, y os intimará la desolacion, os exterminará y tomará de vosotros una eterna venganza. Yo soy Jesús, dice ahora, é inclina los labios para besaros, alarga los brazos para recibirlos, y tiene abierto el pecho para acogerlos; y yo soy Jesús, dirá entónces, y os llenará

de improprios para confundiros, y arrojará rayos para condenaros. Pecadores, de vosotros depende, ó experimentarle ahora amorosísimo Padre, rindiéndoos á su misericordia, ó experimentarle entónces espantosísimo juez, obstinándoos en vuestra malicia.

MISERICORDIA DE DIOS.

II.

Erant autem appropinquantes ei publicani, et peccatores, ut audirent illum.

Solían los publicanos, y pecadores acercarse á Jesús para oírle.

(Luc. xv, 1.)

El Evangelio nos manifiesta cuál es la misericordia de Dios con los pecadores. Vemos en él á Jesucristo, que permite á los publicanos y á los pecadores que se acerquen á él para oírle; que toma su defensa contra los Escribas y Fariseos, que no podían sufrirlo, y que justifica con ellos su conducta, usando de la tierna parábola de un pastor, que habiendo perdido una de cien ovejas, abandona su rebaño para ir á buscar la oveja perdida, y que despues de haberla hallado, la carga sobre sus espaldas y la trae á su casa; adonde no bien ha llegado, cuando convida á sus amigos á que vengan á participar de la alegría que siente por haber recobrado la oveja que creía perdida. Junta á esta parábola la de una mujer, que habiendo perdido una dracma de diez que tenia, enciende su lámpara para buscarla por todos los rincones más oscuros de la casa; y habiéndola hallado, muestra la misma alegría que el pastor de haber recobrado su oveja. El Salvador del mundo, haciendo por sí mismo la aplicación de estas vivas imágenes de su misericordia para con los pecadores, dice, que todo el cielo se regocijará de esta suerte por un pecador que haga penitencia.

Esta materia es de mucho consuelo para que la dejemos pasar sin hacer de ella el asunto de nuestra instruccion. Hablemos, pues, de la misericordia de Dios para con los pecadores; pero, de un modo que les sea útil. Háilos que no se fian bastante de ella, y otros que se fian de-

masiado. Los primeros son tentados de desesperacion, y los segundos de presuncion. Opongámonos á estos dos funestos extremos: hagamos ver á los primeros, cuán grande es la misericordia de Dios; y á los segundos, lo que esta misericordia pide de ellos. Primero, *lo que la misericordia de Dios hace por los pecadores*. Segundo, *lo que los pecadores deben hacer para corresponder á la misericordia de Dios*. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Todo interesa, todo consuela en la conducta que la misericordia de Dios tiene para con los pecadores. Los espera, los convida y los recibe á penitencia. ¡Pecadores! Dios os espera á penitencia; y esto por un puro efecto de su misericordia. No bien habeis cometido un pecado, cuando merecis ser castigados: no hay cosa más debida al pecado que el castigo; y luego que el hombre se rebela contra Dios, todas las criaturas piden venganza de su rebelion: Señor, dicen como aquellos siervos del padre de familias; ¿quereis que váyamos á arrancar del campo de vuestra Iglesia esta cizaña, que la deshonra, y que no hace sinó corromper el buen grano? *vis, imus et colligimus ea* (MATTH. XIII, 28.)? ¿Quereis, dice el mar, que yo le trague en mis abismos; la tierra, que yo me abra; para hacerle bajar vivo á los infiernos; el aire, que yo le sofoque; el fuego, que yo le abra; el agua, que yo le anegue? ¿Qué responde este Padre de misericordia? Nó: esperad á la cosecha: *sinite utraque crescere usque ad messem*: paciencia, paciencia; esta cizaña aún puede llegar á ser un buen grano, este pecador puede convertirse. El que este pecador se extravie, Dios lo sufre; y aunque se aparte de él, y corra por caminos descarriados, no dice palabra: *Oh Domine! ibam longius, et recedebam á te, et non fugiebas* (AUG. CONF. LIB. II, 2). ¡Oh, Señor, oh Dios de misericordia! Yo me alejaba todos los dias de vos más y más, decia San Agustín del tiempo en que aún era pecador: todos mis pasos eran otras tantas caidas en nuevos precipicios: mis pasiones cada dia se encendian más, y no obstante, Señor, vos teniais paciencia. ¡Ah, paciencia infinita de Dios! há tantos años que os ofendo, y aún no me habeis castigado. ¿De dónde náce esto? Es que quereis que yo me convierta, y que me vuelva á vos por la penitencia.

¿Quiere castigar á los hombres en el tiempo del diluvio por los delitos horribles en que habian incurrido? No lo hace sinó con dolor, dice la Escritura (GEN. VI, 6 ET 7). Notad bien estas palabras: *Tactus dolore cordis intrinsecus*. Este arrepentimiento que Dios muestra, nos manifiesta la gravedad de los pecados de los hombres. No obstante, se contenta con decir. Yo los destruiré. ¿Para qué hablar de

futuro? ¿Es que le faltan medios á su sabiduría? Nó. ¿Su poder no se extiende á ejecutar en el momento presente lo que ha resuelto hacer? Sí, sin duda. Pero, habla de este castigo como de una cosa que ha de venir, á fin de dar á sus culpables tiempo para que desarmen su cólera. Les avisa la desgracia que los amenaza, ciento y veinte años antes que suceda, á fin de que tengan cuidado de evitarla por la penitencia. Les envia á Noé á predicarles esta penitencia, y asegurarles que, si mudan de vida, mudará él de resolucion. Este santo patriarca tarda cien años en construir el arca, á fin de que los hombres pasados de este nuevo edificio, le pregunten su destino y su motivo, y entren en sí mismos. ¡Cuántas dilaciones! ¡Cuántas tardanzas! Dios espera su penitencia, y ellos cansan su paciencia. Así espera Dios, aún en el día de hoy, á los pecadores.

Tambien los convida á hacer penitencia. Jerusalem, tú has sido una infiel; tú te has prostituido al amor impuro de las criaturas; no obstante, vuelve á mí, y yo te recibiré (JEREM. III, 1). Así habla el Señor en el Antiguo Testamento á un alma pecadora. Escuchad lo que dice tambien en el Nuevo: *Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos* (MATTH. XI, 28). ¡Pecadores! vosotros os habeis cansado en el camino de la iniquidad; no obstante, venid á mí, y yo os aliviaré: venid, gustad, y probad cuán dulce es el Señor; qué ligero es su yugo, y que amables son sus preceptos. Este divino Pastor de nuestras almas, no contento con llamar las ovejas perdidas, va él mismo á buscarlas; vedle siguiendo una de estas ovejas, fatigado de cansancio junto al pozo de Jacob: allí, nos dice san Juan, que halló á la Samaritana. Vedle en la casa de Simon, buscando otra oveja perdida: esta era la Magdalena; porque si ella vino á buscar á Jesús á la casa de este fariseo, fué por un atractivo de la gracia del Salvador, que movió su corazón y dirigió sus pasos. Vedle, buscando otra de estas ovejas en la tienda de los impuestos de Cafarnaum: era san Mateo, á quien mudó despues en apóstol; y en Jericó á un Zaqueo, haciendo de un pecador público, un perfecto penitente. Ved sus entrañas conmovidas de compasión sobre todos los pecadores en general: *miserencordiam volo, dice, et non sacrificium; non enim veni vocare justos, sed peccatores.* ¡Oh! ¡cuántas veces su misericordia quiso juntar todos los habitantes de Jerusalem, y todos los judíos, como una gallina junta sus polluelos debajo de sus alas! (MATTH. XXIII, 37). Es ella tambien la que todos los días insta aún á los pecadores y los solicita para que se conviertan; y si hay alguno tan feliz que se vuelva á Dios, lo recibe á penitencia, y le perdona sin dilacion.

Sí, pecadores, si dejais vuestros malos pasos, y os volveis al Señor vuestro Dios, está pronto á perdonaros, porque es todo bondad y misericordia. Vemos esto en el ejemplo más tierno de todos los que nos propone el Evangelio (Luc. xv, 16), que es el del Hijo pródigo. Habia éste disipado toda su hacienda, viviendo como un libertino y un vicioso; su conducta estragada le redujo á tal miseria, que se contentaba para su alimento con lo que sobraba á los cerdos. Dadme á lo ménos, decia él, de lo que comen los más súcios animales. ¡Qué miseria! No obstante, nadie se lo daba. En fin, vivamente movido de su estado infeliz, abrió los ojos, y tomó la resolucion de volver á la casa de su padre, en donde los criados son cien veces mejor tratados que él. Vedle, que ya parte. Aún estaba lejos, cuando lo percibió su padre: viéndole, se sintió todo conmovido de compasión, y olvidando su edad avanzada, corrió á recibirle, le echó los brazos al cuello, y le besó. Mi amado padre, ¿qué haces? Yo he pecado contra el cielo y delante de tí, yo no merezco ser llamado tu hijo, ponme solo en la clase de tus criados. Nó, nó, hijo mio; yo olvido todo lo pasado: tráigasele el más precioso vestido y vistasele; pónganle un anillo en el dedo y zapatos en los piés; mátese el ternero más grueso, y comamos y regocijémonos, porque está aquí mi hijo: estaba muerto y ha resucitado: se habia perdido y lo he hallado. Esta es la figura, ved ahora la verdad.

Desde que el pecador formó la resolucion de volverse á Dios y convertirse, Dios le ve venir de lejos. ¡Ah! ¡cuánto se ha alejado de Dios el pecador! Pero, aunque el pecador esté lejos de Dios, Dios tiene siempre presente al pecador. A este primer objeto se siente movido de compasión. Corre á recibirle, previniéndole con sus gracias; le besa, favoreciéndole con sus consuelos, y lo restablece en su primer estado, perdonándole todos sus desórdenes pasados. Pero, Señor, dice este pecador penitente con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazón: yo he sido un impúdico, un impío, un murmurador, un libertino, etc.; yo he abusado de vuestras gracias y disipado toda la hacienda que me habiais dado. No importa: yo quiero olvidar todo lo que has sido. Dése á este pecador convertido su primer vestido, vistiéndole de Jesucristo, de su justicia, de sus virtudes y de sus méritos. Ved aquí, pecadores, cómo os trata la misericordia de Dios. ¡Oh, y qué motivos tan poderosos para que pongais en ella vuestra confianza! Pero, á fin de que esta confianza no degenera en presuncion, veamos lo que debeis hacer para corresponder á los designios de la misericordia de Dios sobre vosotros.

2. Pecadores: la misericordia de Dios os espera; no apureis su